

CECILIO ACOSTA

DISCURSO

pronunciado en la Velada solemne verificada en el
Palacio de Gobierno, en Guanare, con motivo
de la inauguración del retrato del
GENERAL JOSE VICENTE GOMEZ,
la noche del 19 de Diciembre de 1925.



GUANARE

Señor Presidente del Estado :

Señor Secretario General de Gobierno :

Señores :

Cuando el 19 de diciembre de 1922, en solemnidad de apoteosis que habrá de fulgurar con limpidez diuturna en el espíritu de quienes la presenciamos, inauguró el General Rafael María Velasco el soberbio Palacio de Gobierno del Estado Lara, todos pudimos observar cómo aquel Magistrado había puesto especial esmero, verdadero cariño y profunda reverencia en el adorno y dotación de su salón de recepciones. Todos hemos contemplado la belleza del detalle, la magnificencia del conjunto profuso en luminarias, pródigo en sedas; todos hemos admirado el lujo esplendoroso con que el hermoso salón resplandece por las noches, cuando la Patria, con la primera luz del alba y la última de Véspero, entona como una santa canción familiar la gloriosa fanfarria de su Himno, y, llena de intenso júbilo al recuerdo de la magna epopeya, se engalana con su joya más preciosa, esa joya invaluable que le legaron sus Padres y Creadores, adquirida para ella en cruenta lucha al precio de su sangre y su dolor: el pedazo de cinta tricolor que un día inolvidable, para pasmo de pueblos y estupor de tiranos, surgió del pie del Avila y se extendió en un desdoblamiento prodigioso hasta tocar las pampas argentinas con el oro de su gloria, el azul de su ideal y el rojo de su sangre bravía: tal, una condecoración colocada por Dios sobre el corazón del Continente, hecha con un retazo del iris más radiante, llevando en su centro de cielo las siete estrellas de la gloria y luciendo en su extremo, rutilante y soberbio, el sol del Perú.

Mas por sobre el lujo material que admira y que deslumbra, cuidó también el General Velasco de satisfacer el sentimiento patriótico colocando en esa sala efigies de hombres ilustres cuya memoria veneranda alienta, eternamente fresca y vigorosa, en el corazón del bravo pueblo. Al frente, coronando la clara galería,

como el sol en el centro de su sistema, está el Libertador y bajo él su hijo predilecto, el Mariscal; en la pared izquierda luce una pulcra fila de benefactores que regaron semilla y agua frescas en la tierra sedienta; y en la de la derecha, frente al hermoso parque henchido de bellezas, inundado de aromas, plétorico de músicas, lleno de flores, de luces, de mujeres, en la pared que está sobre el interior del edificio como una diestra sobre un corazón, suspendió aquel Magistrado las figuras beneméritas de Juan Vicente Gómez, Jacinto Lara, padre y Jacinto Lara, hijo.

Haya sido la obra de una afortunada coincidencia, un simple acto del más ligero azar, o más bien un mudo, sencillo y justiciero homenaje, hijo de una clara comprensión del General Velasco, no es ocasión de esclarecerlo ahora y mal podría yo pretenderlo; pero es lo cierto que en la colocación de los retratos quedó el General Gómez frente a José Gregorio Monagas, cuyo lienzo es orgullo del Palacio, de la ciudad y del Estado, como que es nacido de la mano milagrosa de aquel maestro del trazo y del color que se immortalizó en el señorío del arte y que llevó por nombre Arturo Michelena. Este detalle, que acaso pasa inadvertido para la generalidad en medio a la apoteosis de la música y la luz, tiene para el observador la claridad de un símbolo, la elocuencia de una alta lección de verdad y de justicia. Permitidme que os lo diga en dos palabras: de la Independencia acá, las dos obras culminantes, los dos trabajos cumbres, los dos esfuerzos máximos, los dos golpes maestros, las dos páginas más blancas en la historia de la Patria, bastante cada una por sí sola para cambiar enteramente la faz de la Nación, el curso de su vida y los destinos de su existencia, han sido: la libertad de los esclavos y la implantación definitiva de la paz.

He dicho mal; he debido decir: la rehabilitación completa del país. Porque la pasificación de Venezuela no es sino una faz de esa obra gigante y multiforme que viene realizando el Héroe de Diciembre. Quedan muchas, quedan cien, quedan mil faces más. ¿A qué enumerarlas? Todos las conocemos. Constituyen tarea ciclópea, casi extrahumana. Son los doce prodigiosos trabajos de Hércules que tan magistralmente cantara Carlos Borges en versos que sueñan a rumor de Olimpo, saben a miel de Himeto y exhalan fragancia de rosales de Midas.

Pues bien, señores: aquellas dos figuras arrogantes, apuestas,

que se alzan a ambos lados de tan suntuosa galería con la majestad y la imponentia de dos columnas maestras, marcan de Carabobo acá las dos supremas transiciones en el recuento de nuestras conquistas cívicas y son ciertamente las dos columnas formidables sobre las que reposa el precioso edificio de nuestra moral republicana. Ambas cierran de cierto y para siempre una era de barbarie, de oprobio, de vergüenza, y abren frente a aquellas puertas negras, claras rutas de bien, de esperanza, de fe, afirmando definitivamente el triunfo de dos grandes ideales, de dos grandes derechos: el santo derecho de toda humana criatura a ser libre bajo el sol, con todas las humanas y legales libertades, y el no menos sagrado derecho de toda nación libre a ser grande, a ser rica, a ser próspera, respetada y feliz. Una, señala el día afortunado en que comenzó para Venezuela la verdadera vida republicana bajo el hermoso lema de "Libertad, Igualdad, Fraternidad" y la otra, el instante inolvidable desde el cual entró esta tierra a ser realmente un pueblo civilizado y culto bajo el predicado salvador de aquellas tres palabras mágicas que constituyen su presente bienestar y su incesante grandeza por venir: "Unión, Paz y Trabajo".

Pero hay entre ambas obras una marcada diferencia que no se ocultará ciertamente a vuestra sutil observación y a vuestro espíritu de equidad. La libertad de los esclavos fué una necesidad de la época, una imposición del ambiente, una hija de la costumbre, un fruto del avance incesante de los pueblos, un resultado lógico de la evolución fatal, del torrente avasallador de la civilización. Fué una obra impuesta por sí misma; fué la desaparición natural y espontánea de una mancha, de una ignominia, de un monstruo que moría ya por falta de ambiente, de una noche que se iba por anuncios de aurora, de una sombra que ya hufa por exceso de luz. El hombre y el momento no fueron sino meros accidentes: hoy o mañana, éste o aquél, cualquiera, en época más o menos propicia, hubiera desprendido el fruto amargo y tóxico que ya caía por su propio peso. No halléis en mis palabras punto de irreverencia o tibieza de sentimientos. Mal puede haberlos en quien ha consagrado en todo tiempo la más profunda devoción hacia los benefactores de la Patria. Pero es la verdad, es la historia, es la filosofía de la historia, diáfana, justiciera y sintética. Mas por sobre todos éstos que pudiéramos llamar detalles, momentos, circunstancias, altibajos en la vida de los pue-

blos, debe alzarse inmarcesible la veneración por nuestros hombres. Es deber de conciencia y es credo rehabilitador. Siempre debe haber en nuestros corazones una luz encendida, un manojo de laureles y un puñado de rosas para la memoria de aquellos a quienes tocó actuar con propósitos de bien en los instantes decisivos de nuestra vida nacional.

En cambio, la rehabilitación completa y pronta de un país, la conversión radical de un pueblo minado por el odio, revuelto por la intriga, azotado por el crimen, empobrecido por la guerra, desprestigiado en el concepto de los extraños, no fué ciertamente fruto que cayera por su propio peso. Precisas fueron manos robustas y voluntad de hierro.

El afazamiento de la paz es la obra más alta que realizar puede un magistrado y el dón más precioso que otorgarse puede a un pueblo, pero es tarea ardua, ya cercana a lo imposible. Porque, desgraciadamente amigos míos, la paz no es una imposición de la época ni una hija de las costumbres ni resultado del ambiente, no obstante ser la suprema necesidad universal. Ella constituye el desvelo de todos los monarcas, la preocupación de todos los soberanos, la desesperación de todos los estadistas, el anhelo de toda la humanidad; es el hermoso problema fantástico que permanece sin posible solución en el pupitre de todos los Congresos; y mientras los cerebros mejor equilibrados y los corazones mejor intencionados se esfuerzan por enrumbar la voluntad unánime hacia el oriente claro de la armonía universal, a lo largo de los continentes los tritones de acero pasean sus vientres formidables, llenos hasta el hartazgo del germen de todos los humanos dolores, de todas las posibles desolaciones, abriendo al mar y al horizonte las negras acechanzas de sus bocas de infierno, prontas al vómito siniestro. Y hermoso contraste es, señores, y que ha de constituir peregrino orgullo para todos los venezolanos y ha de ser página alba en nuestra historia y motivo de íntima satisfacción para el Benemérito General Gómez, que mientras casi todas las naciones de la tierra siembran sobre la línea de sus fronteras verdaderas selvas de ballonetes, Venezuela, por mano de su eximio Conductor, tiende con el gesto de un brazo generoso, por sobre las aguas que le separan de un pueblo hermano, el simbólico puente "Bolívar", como si quisiera señalar con ese monumento la huella luminosa del Libertador que cruzó aquella frontera, sobre los propios hombros de la gloria, camino del más puro ideal, del más quimérico sueño, poseído de su divina insania, repartiendo libertad con sus manos de

prodigio, creando pueblos y constituciones con su cabeza de milagros y predicando unión con su lengua de maravillas.

No pretendo, ni posible fuera en tan exiguo tiempo, hacer un recuento de la obra grandiosa del Rehabilitador y Fundador de la Paz, obra suficiente a nutrir en apretadas líneas las páginas de cientos de volúmenes. Más claro y expresivo que el de las palabras, el lenguaje de los hechos habla mejor al alma popular y con más fuerza la subyuga de admiración y gratitud. Basta mirar en derredor y ver alzarse el humo blanco de las máquinas de industrias donde antes se elevaba la fatídica humareda de máquina de guerra; y donde ayer se oían disparos homicidas y estertores de agonía, escuchar sólo ahora, como un himno de gracia a lo Alto, el golpe de la azada, el balar de los rebaños, el rumor de las espigas, el claro tintinear de las esquillas y el canto sensitivo, dulcemente acongojado y romántico del labriego feliz.

Estas son a la ligera, las ideas de similitud, de analogía que me inspiró la visión de aquellas dos efigies colocadas frente a frente, en una hora deslumbradora de pública alegría, de individual y colectivo regocijo, de social esparcimiento y popular festejo, todo intenso, todo sincero, todo ingenuo. Y he traído a mención esta limpia enseñanza que en aquella ocasión vislambra mi espíritu, porque ella encaja bien en el propósito que inspira esta grata y suntuosa reunión.

Hoy asistimos a la colocación del retrato del General José Vicente Gómez, que me cabe la alta honra y el íntimo placer de regalar a este Palacio de Gobierno, como un presente de admiración a tan distinguido servidor, como un homenaje de justicia a su preclara personalidad y como un gaje de lealtad a la Causa de Diciembre y a su Eximio Jefe, rendido en la persona de su hijo dilecto, quien es a la vez su más fiel intérprete y su más asiduo colaborador.

Fué especial deseo de nuestro pulcro Magistrado, Gral. José Garbí, que la inauguración se realizase con toda la solemnidad que ella merece. Ya está. El festival ha resultado espléndido, como el anhelo unánime lo reclamaba y como la justicia lo imponía. Siempre fresco, siempre robusto habrá de vivir en mi memoria, como bien sé que vivirá en la vuestra, el recuerdo de esta simpática velada y de su enaltecedor y patriótico propósito. De hoy más ostentará este salón, junto a la austera efigie del Jefe del País, la figura arrogante del joven y bizarro militar.

Pero no es esto todo. No basta solamente el esplendor de la

apoteosis ; no es suficiente a satisfacer mi propio anhelo y el anhelo patriótico el fulgor de tanta luz que habrá pronto de extinguirse, el concurso de tanta mujer bella que en breve habrá de dispersarse, la armonía de tanta música que presto se diluye, se ahoga y muere en en las plácidas ondas de esta noche suntuosa. Es preciso apereibir en toda su vasta amplitud la verdadera significación de estos hechos ; es necesario extraer, aprisionar y fijar en la mente la enseñanza elo-cuente que de ellos se desprende. La efígie de un hombre ilustre pendiendo de los muros de un salón no constituye un mero elemento decorativo, y para quien la posea debe representar algo más que un motivo de satisfacción o un título de orgullo. Ella entraña un símbolo, significa un ejemplo, constituye un estímulo ; es un horizonte abierto sobre el cual clarea siempre una luminaria : ya hacia poniente, cuando es la imagen veneranda de quien en épocas pretéritas supo hacer luz en la conciencia de los pueblos, como en el caso de Monagas, ya en oriente, cuando quien crea y salva está apenas en la mañana de obra gigante, como en el caso del General Gómez. Porque diez y siete años en la vida de un país son apenas una alborada ; el sol de la Rehabilitación Nacional apenas se ha alzado diez y siete grados sobre el que fué negro horizonte de una noche sombría : la noche de la guerra, del azote, del hambre, del desorden, del desfalco, del descrédito, del deshonor y de la ruina. Y sin embargo, en tan exiguo tiempo, la taumaturgia de una voluntad ha realizado en la Patria el milagro de su resurrección ; y ese mismo potencial creador, esa misma virtud transformadora habrá de repetir el prodigio bíblico, deteniendo ese sol en mitad de su carrera, para que irradiando siempre desde el cenit del cielo patrio, siga fecundando cada día con mayor pujanza y esplendor nuestro amado suelo, de manera que siempre, como hoy, germine, cuaje y sazone todo fruto de bien en ópima cosecha, haciendo de Venezuela campo privilegiado, propicio a todo alto ideal, fértil, tranquilo, pródigo, apacible y ubérrimo, regado por los cuatro ríos de la Paz, el Orden, el Trabajo y el Progreso, igual que un paraíso de leyenda.

Ningún presente mejor, ninguno más adecuado que este retrato cuya solemne inauguración acabamos de presenciar, podría yo hacer a la sociedad y pueblo portuguesesello en reconocimiento a su cordial deferencia y noble hospitalidad. El retrato del General José Vicente Gómez junto al de su ilustre padre, es de una alta y clara significación :

él es el discípulo aleccionado en aquella escuela de vida austera, de suprema energía, de fuerte voluntad, de puro y acendrado patriotismo. El General José Vicente Gómez entraña la representación más genuina de la juventud venezolana, bizarra y fuerte, a la que el actual ambiente de seriedad y circunspección ha curado en buena hora y para siempre de toda vana utopía, de todo exótico lirismo, de toda palabra estéril, de toda acción superflua, de todo gesto inútil. Bien conocidos son de propios y extraños los méritos del General José Vicente Gómez. A más de los honrosos galardones con que la República ha premiado su actuación al frente del Ejército, -por cuya moralidad, brillo y cultura labora incesantemente- el oro rutilante de condecoraciones extranjeras ha venido en más de una ocasión, espontáneo y sincero, a irradiar en hermosas constelaciones sobre su corazón.

Aprenda la juventud en él, como lo aprende él en su ilustre genitor, a llevar como norma única de vida la seriedad en la acción, la severidad en la disciplina, la austeridad en la costumbre, la rectitud en el proceder, la firmeza en la palabra, la lealtad en la conciencia y la nobleza en el corazón. Sirva él de estímulo a las generaciones que hoy apuntan a la vida pública, como es su ilustre padre alto ejemplo de patriota y de estadista para las generaciones de todo un Continente y fuerte símbolo de unión para todos los venezolanos.

Toca a la juventud, repito, imitar punto por punto esas vidas preclaras de contracción, de energía y pundonor. Los hombres del mañana llevan un valioso contingente para sus actividades futuras, un raro privilegio que habrá de ser abono nuevo y fuerte en la fecundación de la grandeza venidera, privilegio que es exclusivamente un resultado de la obra rehabilitadora: van sin odios, sin discordias, sin partidos, sin ejemplos de luchas fratricidas, sin recuerdos de matanzas, de barbarie, de ruina, de dolor. No barán la guerra porque no la conocen; sólo podrán estremecerse de horror cuando, recorriendo las páginas de nuestra historia, de nuestra larga y triste historia contemporánea, vean cuántos y cuán densos ríos de sangre útil corrieron inútilmente en Venezuela desde los días de Carabobo hasta los de Ciudad Bolívar, desde el 24 de Junio de 1821 hasta el 21 de Julio de 1903.

Sigamos, pues, esa límpida trayectoria trazada por la mano robusta del creador de la prosperidad nacional y trillada de cerca y

animosamente por su digno hijo y asiduo colaborador. Sigámosla con fe sincera y firme voluntad y habremos hecho patria, patria grande, patria fuerte, patria próspera y feliz. Los instantes son preciosos. Raros han sido en nuestra vida republicana días como los que corren: las cárceles vacías, las arcas llenas, la Nación sin deudas, satisfecha la aspiración unánime, tranquila la conciencia ciudadana, llena de fe pura el alma de las colectividades, la paz definitiva, inalterable el orden, corrido y lejos el espectro del crimen, en pedazos el arma homicida, los campos en verdor, diáfana y cantarina el agua sobre la tierra arada, el surco abierto e incitante, la semilla en la mano, en el fondo del hogar la madre amante cantando gozosa por el regreso del hijo pródigo, y en el umbral el padre generoso, fuerte y noble, con los brazos abiertos, dibujado en los labios el dulce gesto de la bienvenida y la palabra de perdón palpitando como un pájaro anhelante dentro del corazón.

Tal es, señores el risueño presente de nuestra amada Patria, nuncio o promesa ciertos de un esplendoroso porvenir. Y este bienestar no se aísla o circunscribe a determinada región; él alcanzó felizmente, sin mengua ni retraso, hasta el más apartado rincón de Venezuela, por la admirable táctica del Jefe para elegir sus servidores. Portuguesa va por vía franca de progreso: vuestros hombres trabajan, vuestras ciudades se embellecen, vuestros caminos se ensanchan, vuestra sociedad luce, y todo porque vuestro Gobierno os protege y os respeta. Obedeciendo sabios consejos y cumpliendo precisas instrucciones de su Jefe Benemérito, el General Garbí desarrolla en esta heroica y laboriosa tierra un magnífico programa de Gobierno. Cristalina transparencia tiene a ojos propios y extraños la fidelidad con que él interpreta los grandes ideales del Conductor de los destinos nacionales, poniendo al servicio de la Causa, a la que se halla inquebrantablemente adscrito, todas las energías de su espíritu sano, recto y progresista. Yo os congratulo cordialmente. Vuestro actual Magistrado, al par que las órdenes recibidas, sigue en todos sus actos sus propios impulsos. La tarea es feliz; no hay posible colisión: la conciencia de todo hombre de bien vibra por simpatía como cuerda al unísono, con la grande alma noble del General Gómez.

Renovemos, pues, esta noche, bajo tan halagüeños auspicios, las promesas solemnes de unión, de confraternidad, de armonía ciudadana: ratifiquemos nuestros firmes propósitos de trabajo,

de bien, y pidamos al Dios de los Ejércitos la más preciosa merced para nuestra amada Patria: la paz, la paz inalterable y fecunda. Estas tres palabras no constituyen lema de partido o programa banderizo; son la práctica sincera e incansable del hombre único, y entrañan la sola forma bajo la cual puede ser Venezuela nación próspera y grande, tal como lo soñó Bolívar, tal como lo ha logrado Gómez y tal como debemos todos conservarla.



BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS

Reg DA-14339

Clas